

Deseducación deportiva

Tomás Zamarriego Crespo, S.J. *

EL deporte ha cumplido siempre una doble función educativa: la personal, del que lo practica; la colectiva, del que lo contempla. Las dimensiones competitiva y lúdica del ser humano se han conjugado en el deporte de forma tan intensa que proporcionan los mayores espectáculos habituales de masas. A pocos meses de los próximos Juegos Olímpicos de Barcelona, juegos que constituyen la cúspide de todos estos aspectos deportivos, ¿no se detecta una progresiva deseducación de esas masas espectadoras por parte del mismo deporte que acuden a presenciar? En España y por razón de cifras ocupa en este tema un lugar destacado el fútbol, seguido del baloncesto y el ciclismo. No se podrán omitir referencias a otros deportes.

Cómo actúan las masas

LA *pasión* es connatural al hombre. La pasión por el equipo favorito es un ingrediente que acompaña siempre al deporte espectáculo. Don Santiago Bernabéu venía a decir que sin pasión irracional, fanática, no existiría el fútbol como espectáculo de masas. Lo que quieren los seguidores de un equipo es que ese equipo gane, aunque no lo merezca, aunque no sea brillante, «aunque sea de penalti injusto en el último minuto», en frase ya clásica.

* Licenciado en Filosofía y Letras. Especialista en temas educativos. Madrid.

Cuando un equipo acostumbra a ganar, los forofos exigen que gane siempre; los seguidores que van al campo a presenciar el partido piden que, además de ganar, dé espectáculo. Se acaba de ver en la actitud de los espectadores ante el juego del Real Madrid en la primera mitad de la Liga. Es un componente de racionalidad dentro de la irracionalidad.

Lo terrible de la pasión que acompaña al deporte espectáculo es que ha degenerado progresivamente en *violencia*. La más reciente explosión de esa violencia y sus consecuencias la hemos visto repetidas veces por televisión en el estadio de Heysel. Todos los domingos somos informados de agresiones a jugadores y árbitro, autocares apedreados, de lunas rotas o locales arrasados. Se han hecho tristemente famosos grupos de seguidores fanáticos, como los Ultra Sur, el Frente Atlético, los Boixos Nois. Provocan enfrentamientos, se abren las navajas, hay heridos. Con menor intensidad, lo que sucede en el fútbol, ocurre también en el baloncesto. En los encuentros de especial rivalidad se han hecho necesarios grandes despliegues policiales. La violencia de los hinchas ha llegado a constituir un auténtico problema nacional en Inglaterra y alcanza en Italia cotas todavía superiores a las de España. Pero esto no quita que entre nosotros siga provocando una profunda preocupación.

Ya se ha indicado que lo que importa es ganar por ganar. Por ganar, con la sola esperanza de ganar, se *paga lo que sea*. No es que se desprecie el buen juego, todo lo contrario. Los equipos llamados «grandes», los que aspiran fundadamente al título, atraen espectadores, engrosan espectacularmente las taquillas. Pero aquí se están subrayando los aspectos deseducativos del deporte en el momento actual. Las cuotas de socios, los abonos de localidades, suben de precio de año en año. En los partidos de relieve —choques regionales, visitas de grandes equipos, eliminatorias europeas—, los precios oficiales de las entradas ascienden a varios miles de pesetas. Además, las más caras son las que primero se venden. El aficionado se queja, pero acaba pagando en la mayoría de las ocasiones. El deporte espectáculo ha dejado de ser una forma barata de ocio. Se gasta mucho dinero. Y como se paga, se exige. Quizá el mejor exponente de esta exigencia sea el trasiego de contratos y traspasos de jugadores que se produce cada temporada, y el desfile de entrenadores por los banquillos. Exponente máximo de este baile ha sido el caso del Atlético de Madrid, que en cinco temporadas ha despedido a 9 entrenadores, 41 jugadores y varios técnicos.

Junto al afán desmedido de ganar y el gasto desproporcionado, acecha fácilmente el desencanto, la *desilusión*. El público echa de menos la existencia de ídolos. Faltan figuras. Y faltan porque cada vez surgen menos. Es lógico. La invasión de extranjeros en casi todos los deportes ha mermado las posibilidades de las canteras. De los deportes más populares se ha salvado el ciclismo con una figura como Miguel Induráin, ganador del Tour el año pasado. Luego ya hay que recurrir

a individualidades puras, como Severiano Ballesteros, o a deportes mucho menos de masas, como el balonmano, la gimnasia o el waterpolo. Ahora bien, los deportistas extranjeros no llegan a despertar el mismo sentimiento de identificación que las figuras nacionales. Ahí se está diluyendo un cierto componente de convergencia en la identidad nacional. Y no olvidemos que de la desilusión al escepticismo sólo media un corto paso.

La progresiva tendencia a la *comodidad* de la vida actual hace que el espectador deportivo cambie el campo o la cancha, su contacto personal directo con el ambiente y la lucha vivida, por la retransmisión televisiva. Sin desplazamientos, sin calor ni frío, sin los muchas veces incómodos compañeros de localidades numeradas o sin numerar, puede contemplar «en directo» lo que está ocurriendo en el terreno de juego. Y, a veces, mucho mejor que con una entrada que ha costado dinero. Se ha insistido mucho en que las retransmisiones por televisión podían acabar cerrando los campos y matando la gallina de los huevos de oro, en que los contratos millonarios de los clubs con las cadenas de televisión constituyen un auténtico acto de suicidio de esos mismos clubs que los suscriben. Es un hecho que en Italia son más cautos. Lo que, en cualquier caso, es evidente es que el espectáculo pierde gran parte de los ingredientes de la comunión deportiva y, por tanto, de los valores de entusiasmo, de admiración o crítica expresada, de solidaridad colectiva con el esfuerzo de cada jugador y de todo el equipo. El traspaso de espectadores del campo a la pequeña pantalla está sancionando de hecho a los equipos a jugar con las gradas vacías.

Causas y causantes

CADA uno de los rasgos que componen la progresiva deseducación deportiva de las masas adictas al deporte espectáculo tiene sus causas. Intento reflejar algunas.

La *pasión* no va, ciertamente, a desaparecer del deporte. Lo más a que puede llegar el espectador es a controlarla. Mucho más fácil es hacerlo en el plano personal que en el colectivo. Pero lo que no es de recibo es que se excite la pasión y se aumente la irracionalidad. Me refiero a los llamados «calentamientos» previos a los partidos y a las apasionadas críticas que se vierten después de ellos. En este proceso tienen particular importancia las declaraciones de los dirigentes de clubs, sobre todo sus presidentes, las manifestaciones de los jugadores y la actuación de la crítica deportiva a través de los diversos medios. Entre unos y otros pueden conseguir que el partido se llegue a disputar con un clima de auténtica olla de presión. Se dificulta la moderación que había que cultivar expresamente.

La *violencia* encuentra ya aquí abundantes fuentes de alimentación. Sobre todo cuando coinciden en sus mandatos algunos presidentes de grandes clubs,

que son todo menos un ejemplo de equilibrio, de sentido común y de constructores de paz. Uno llega a extrañarse de que ciertos personajes puedan haber llegado tan alto en su escalada social. Que el resultado de esa escalada haya sido el producto de elecciones democráticas por parte de los socios no contribuye en nada a recuperar la tranquilidad o la esperanza de épocas mejores.

La violencia deportiva es, por supuesto, una mala hierba generada por la violencia general que respira la sociedad y que transmiten sin cesar los medios de comunicación social en su programación cinematográfica para niños y adultos, sus reportajes y la crudeza de sus informaciones. La violencia encuentra también impulso en la dureza con que se practica el fútbol. Cada temporada dejan de jugar por lesiones graves numerosos futbolistas y ya es conocida la reputación de juego duro y peligroso que arrastra el fútbol español. El papel de la crítica deportiva es especialmente negativo respecto de los árbitros. La erosión de su figura, aunque sus actuaciones pudieran mejorarse, no benefician en nada al deporte.

En repetidas ocasiones se ha criticado la poca decisión de las autoridades deportivas para tomar medidas eficaces contra la violencia en el deporte. También llama la atención que, dentro de las masas de socios, puedan seguir existiendo los agresivos grupos que mencionábamos antes, grupos cuyo control parece puede estar en la mano de los clubs que los admiten, con sus nombres y apellidos, en sus filas. Resulta difícil comprender las razones aducidas por los presidentes queriendo demostrar su impotencia para atajar este mal.

La *carestía* a que ha llegado el deporte espectáculo se origina en primer lugar en las astronómicas cifras que se pagan por adquirir jugadores para los equipos. Confluyen en este hecho diversos factores: la exigencia de triunfos y clasificaciones que reclaman los seguidores, dispuestos a pagar por ello precios desmesurados; las luchas y rivalidades entre los clubs, que se enredan en ofertas y maniobras para impedir que un jugador de clase acabe recalando en un club rival; el progresivo mercantilismo de jugadores y entrenadores, que han dado ejemplos nada preclaros de anteponer el dinero a la fidelidad a unos colores, incluso cuando ya ganaban cifras fabulosas; y también, por qué no decirlo, la irresponsabilidad de algunos directivos al manejar sumas muy elevadas sin riesgos directamente personales. Ni es suyo el dinero de los clubs ni tienen que responder de él con los debidos controles. Ojalá las próximas sociedades anónimas en que han de convertirse los clubs hagan más racionales y mesuradas las administraciones de los mismos. Porque ahora las locuras combinadas de seguidores y directivos se alientan mutuamente.

¿Por qué faltan figuras? Apuntábamos ya algunas causas. En muchos casos las figuras duran menos que los presidentes. Las demencias presidenciales pueden persistir a veces más tiempo que los músculos de los deportistas. Nos ha tocado una época de líderes directivos de poca categoría. También eso se paga.

Se suma a las causas de la *desilusión* el ocaso de los equipos nacionales. La

selección nacional de fútbol no ha sido nunca pródiga en éxitos. Para recordar gestas hay que remontarse a fechas o hechos históricos como Amberes, Río de Janeiro o el gol de Marcelino frente a Rusia. Historia lejana para todas las generaciones jóvenes. Hoy ni siquiera estaremos disputando el Campeonato de Europa en Suecia. Los nombres de grandes jugadores están en la leyenda, no en la actualidad. Lo mismo ocurre con el baloncesto. Del equipo que ganó la medalla de plata olímpica en Estados Unidos sólo quedan restos de algunas viejas glorias. Recuérdese también el reciente desastre del equipo nacional de tenis ante Italia en la Copa Davis. Es corriente que las actuaciones de los deportistas en las actuaciones deportivas en los equipos nacionales estén por debajo de sus actuaciones meramente profesionales. Tampoco interesa a los clubs un desgaste fuerte de sus jugadores en competiciones en las que no están directamente implicados. Al aficionado, al español sin más, equipos nacionales así le dicen cada vez menos. No le interesa, no se identifica con ellos, pierde símbolos de identidad nacional.

En cuanto a las ausencias de los *recintos deportivos* por causa de las *retransmisiones televisivas*, poco hay que añadir. Las televisiones siempre tendrán interés en alimentar sus pantallas con espectáculos de actualidad, que tienen gancho para sus potenciales telespectadores. Los clubs se encandilan más fácilmente con el dinero rápido y fácil, que soluciona urgencias financieras, que con la consolidación de un largo futuro. Así, al menos, parece.

Deshumanización progresiva

QUIZA la principal causa de muchos de los males del deporte espectáculo sea la progresiva deshumanización del mismo. El afán de superación a cualquier precio, la ambición ilimitada de hacer saltar marcas y records, la prevalencia del uso de las tecnologías sobre la armonía personal del atleta, las sobrehumanas preparaciones que se utilizan para entrar en cualquier competición de élite (horas de entrenamiento, hormonas, modificación de los procesos de crecimiento, doping, etc.), están rompiendo al auténtico protagonista de cualquier evento deportivo, que es el ser humano.

Este lamentable proceso, en el que la organización, la máquina, la técnica, acaban dominando al hombre en lugar de ser dominados por él, tiene su inevitable reflejo en el deporte espectáculo y en la masa de espectadores. Desaparece el debido equilibrio de la emulación, se nubla la caballerosidad competitiva, se olvida la importancia de participar y no sólo de ganar, se pierde la moderación en el espectáculo ante el imperio del dinero, sobresalen personajillos nada ejemplares para la educación ciudadana colectiva. En una palabra, se deteriora el ser humano en sus dimensiones personales y colectivas, y queda sometido a un proceso deseducativo en el ámbito mismo que tenía la misión de contribuir a su formación.